

Atapuerca, nueva ventana a la prehistoria humana

CARLOS VÁZQUEZ-YANES

Un descubrimiento extraordinario de este final de siglo ha vuelto a colocar en la más destacada actualidad el conocimiento y el estudio de la prehistoria. En las canteras calizas de la Sierra de Atapuerca, localizada cerca de la ciudad de Burgos, en la Comunidad de Castilla-León, España, varios antropólogos de diferentes universidades españolas encontraron yacimientos de huesos y restos arqueológicos de un grupo humano cuya antigüedad se remonta a casi ochocientos mil años. Se trata de uno de los más arcaicos de Europa. La especie humana a que corresponde se ha designado con el nuevo binomio latino de *Homo antecessor*, por ser en apariencia un antepasado del *Homo neanderthalis*, el hombre de Neandertal. El hallazgo ha sido considerado tan importante que ocupó las portadas de varias de las revistas científicas y de divulgación de la ciencia más prestigiadas, como *Nature*, *Science*, *National Geographic* y *La Recherche*, en números publicados durante 1997 y 1998. Los restos humanos de Atapuerca son los más completos de las épocas de la prehistoria europea a que corresponden, y la abundancia de huesos de diferentes sexos y edades, objetos y restos de animales de caza hallados ahí ha permitido integrar múltiples conocimientos acerca de los hábitos alimentarios y la organización familiar y social de esos seres.

Los principales hallazgos de Atapuerca se registraron en dos sitios: en la localidad Gran Dolina, se recuperaron huesos de animales y humanos de cerca de ochocientos mil años de antigüedad. En tales restos, incluidos los humanos, se aprecian

fracturas y marcas que indican el uso de instrumentos de piedra para desprender la carne. Se trata de las primeras evidencias de antropofagia en la historia humana. Por otra parte, en la Sima de los Huecos ha sido posible exhumar restos óseos de más de treinta y dos individuos de diferentes sexos y edades de alrededor de trescientos mil años de antigüedad, mezclados con huesos de osos y otros animales. Algunos de los esqueletos humanos son los mejor preservados entre los de tal antigüedad, lo que va a permitir obtener mucha información sobre las habilidades fonéticas del *Homo antecessor* y otros temas fundamentales.

El hallazgo de los restos humanos de Atapuerca replantea las preguntas no del todo respondidas sobre el origen del hombre moderno. Recapitularemos aquí las dos teorías medulares al respecto. Para explicarlas es preciso remontarse hasta hace aproximadamente algo más de dos millones de años cuando, a partir de primates homínidos del género *Australopithecus*, evolucionaron los primeros seres ya incluidos en el género *Homo*. El más avanzado de ellos, que al parecer nunca dejó África, fue el *Homo ergaster*; sin embargo, una especie cercana a éste, el *Homo erectus*, fue el primer humano que abandonó ese continente hace alrededor de un millón setecientos mil años y se propagó con cierta abundancia en Asia, en donde se han encontrado evidencias de que era capaz de usar instrumentos de piedra primitivos y el fuego. Si bien su apariencia era considerablemente más simiesca que la del ser humano moderno, su capacidad craneal

na era ya similar a la nuestra. Aunque todavía hay mucha controversia acerca de cuándo desapareció esta especie, hoy en día se piensa que pudo ser por algún tiempo, al final de su existencia, contemporánea del hombre de Neandertal y de nuestra propia especie.

La primera teoría sobre el origen del hombre moderno establece que éste desciende en forma directa de las especies del género *Homo* que lo precedieron en la colonización de África y Eurasia; o sea, de los neandertales y otras especies cercanas o anteriores, como el hombre de Atapuerca. Ésos serían los antepasados a partir de los cuales evolucionamos nosotros.

La segunda teoría determina que no todas las especies del género *Homo* antes mencionadas son nuestras predecesoras, ya que hace aproximadamente unos ciento cincuenta mil años una nueva especie, el *Homo sapiens*, que evolucionó inicialmente en África, salió de ese continente para colonizar primero Eurasia y luego el resto del mundo. Esa especie sería nuestra auténtica antepasada, en tanto que las otras del género se extinguieron sin dejar descendientes que hoy sobrevivan. El *Homo sapiens* terminó reemplazando a las otras especies, que acabaron por extinguirse totalmente hace unos treinta mil años. Esta teoría se basa en estudios genéticos efectuados en diferentes grupos humanos, según los cuales la diversidad genética de nuestra especie no muestra la variabilidad que debería haberse originado a consecuencia de una historia evolutiva tan larga como la que corresponde a los primeros miembros del género *Homo*.

Ahora podemos afirmar con absoluta certeza que, durante el último millón de años de existencia de este planeta, algunos seres que ya es posible considerar humanos, muy parecidos a nosotros, evolucionaron en África y cuando salieron de ese continente colonizaron en diversas ocasiones Eurasia. Especies algo diferentes del *Homo sapiens* moderno fueron, al menos

en parte, contemporáneas en África y en Eurasia por muchos miles de años. Finalmente, los mismos seres humanos modernos, *Homo sapiens*, coexistieron con una o más especies humanas hoy extintas. Una de ellas fue el muy bien conocido hombre de Neandertal, del que se han encontrado muchos fósiles en todo el viejo mundo. Los neandertales eran seres más robustos y de huesos más gruesos que el humano moderno; por ejemplo, la forma de las uniones entre los músculos y los huesos indica que eran bastante más fuertes. Datos interesantes de su cultura, como los entierros de sus muertos y otras evidencias que pueden derivarse de los estudios de los restos de sus asentamientos, sugieren patrones de conducta muy peculiares; por ejemplo, el predominio del sexo masculino sobre el femenino era aun más acusado que en el hombre moderno. Los muertos del sexo masculino frecuentemente eran objeto de enterramientos especiales que incluían la colocación en la tumba de objetos muy rústicos de piedra, propiedad del occiso, en tanto que a las mujeres se las dejaba yacer en el lugar de su muerte sin ninguna aparente consideración. Al igual que ocurre con muchas civilizaciones primitivas que sobreviven en la actualidad, el trabajo femenino entre los neandertales parecía ser mucho más importante que el masculino para mantener con vida a la descendencia, pero el papel del hombre como cazador, jefe y posiblemente sacerdote le confería una jerarquía muy superior a la de la mujer.

Las consecuencias del contacto entre dos o más especies de seres humanos diferentes —mucho más distintos en lo físico y lo cultural de lo que pueden serlo las actuales razas humanas— resultan un tema fascinante para especular sobre los probables acontecimientos resultantes de ese contacto y sus posibles consecuencias en el desarrollo de la conducta humana moderna.

Tres escenarios distintos pudieron haberse presentado al convivir en las mismas regiones de nuestro planeta los neandertales y nosotros, los humanos de la especie moderna, hecho que sabemos con certeza que ocurrió hace más de treinta mil años:



1. Al calentarse el planeta después de una prolongada glaciación, los neandertales, que siempre tuvieron una baja densidad de población y al parecer se adaptaban mejor a los climas fríos, comenzaron a declinar en número sin que llegaran a establecer contacto con nosotros, y gradualmente los sustituimos en sus diferentes hábitat.

2. Los neandertales y nosotros llegamos en efecto a entrar en contacto, pero no intercambiamos genes. Tuvimos con ellos ocasionales combates que contribuyeron a acelerar su desaparición y a reafirmar el predominio de nuestra especie.

3. Hubo interacción y un cierto intercambio genético debidos a ocasionales violaciones sexuales o quizás a eventuales romances entre individuos de las dos especies, pero tales contactos no resultaron suficientes para que se formara una mezcla completa de ambas especies; sin embargo, conservamos en nuestras células cierta cantidad de información genética procedente de los neandertales. Esto quizás podría explicar ciertas actitudes primitivas que a menudo afloran en nuestra especie en circunstancias extremas.

Esta parte de nuestra prehistoria podría ser un magnífico tema para dar rienda suelta a cierta creatividad literaria. Quizá algún día se llegue a escribir una telenovela basada en los posibles conflictos surgidos entre neandertales y nosotros en las relaciones de pareja prehistóricas.

A las personas interesadas en profundizar en el estudio de nuestros antecesores y en los descubrimientos de Atapuerca, les recomendamos la lectura de un libro extraordinario, aparecido originalmente en nuestra lengua. Se trata de *La especie elegida*, de Juan Luis Arsuaga e Ignacio Martínez, publicada en España por primera vez en 1998 por el Grupo Editorial Planeta. ♦

Otras referencias

- Cervera, J., J. L. Arsuaga, J. M. Bermúdez de Castro y E. Carbonell, *Atapuerca: un millón de años de historia*, Complutense, Madrid, 1998.
- Leakey, R. y R. Lewin, *Nuestros orígenes*, Crítica, Barcelona, 1994.
- Stringer, C. y C. Gamble, *En busca de los neandertales*, Crítica, Barcelona, 1996.